

## TODO Y NADA ES LA VERDAD

Fernando López

### Novela

(3<sup>a</sup>. novela de la saga *Philip Lecoq, detective*, fragmento, cap. 2)

Raíz de Dos, Argentina, 2015

El lunes desayuné temprano. La Yési, dolorida como si un tren le hubiese pasado por encima, tijeeteó mis crenchas y emprolijó mi barba de tres días para devolverme una imagen aceptable. Me calcé el traje y el impermeable algo desteñido de Philip. En su afán por darme los buenos días, Uro, Uma y Eva me llenaron la cara de baba y leche cuajada y me regalaron sus mejores sonrisas. Me costó un gran esfuerzo separarme de ellos, acostumbrado como estaba, cuando no tenía trabajo, a hacer de padre buena parte del día. Devuelto a la realidad por el agobio de la escasez, mi corazón no dejó de palpar al doble de su ritmo ante la vuelta al ruedo de la investigación. (El escriba entendió enseguida que la historia merecía contarse porque no era común que un detective se ocupara de estas cosas, más allá de que nueve meses después nació nuestro cuarto hijo en el orden sucesorio). Le pasé el plumero a la moto, verifiqué que tuviera nafta y salí a la calle a enfrentar los rigores de un invierno crudo y algo lluvioso para mi gusto. CQ me estaba esperando con medialunas y un café ecuatoriano cuyo aroma exquisito inundaba su *bufé*. Antes de pasar a hablar del tema preguntó por mi familia, por los muchachos de *Esperanza sin Muros* y por la permanencia de mi entusiasmo para continuar trabajando en esta profesión. Para los dos había dejado de ser un simple oficio y tenía muchísimos beneficios, comparada con cualquiera otra que pudiera atenderse detrás de un escritorio. Respondí que por supuesto, temeroso de que a mi respuesta, si hubiera sido diferente, siguiera la recomendación de buscar otro trabajo. Más rentable o por lo menos, más seguro.

—Me alegro, Philip. No te imaginás cuánto celebro poder contar con vos. Tengo muchos amigos y a veces me piden cosas raras, a las que no puedo atender personalmente.

—Usted solo tiene que pedirme lo que necesite, CQ, donde sea y como sea y me tendrá de inmediato en movimiento.

(Aunque el escriba dudaba de que no hubiera retrocesos, en esos tiempos yo hablaba como un señorito educado. El roce con gente ilustrada que conocí con el impermeable puesto me había cambiado el cantito del suburbio por uno más “civilizado” y agregado un montón de palabras).

—Sí, sí, pero ni tanto ni tan poco —respondió—. Esta vez, un amigo me pidió que le ayude a matar a otro.

—¡Epa!

—A un sujeto abyecto, despreciable, la peor basura que uno puede imaginar. Es un caso de alta traición a la confianza absoluta que un ser humano deposita en otro. Mi amigo, un hombre lleno de pruritos y mandatos, sostiene que le arruinó la vida y no puedo dejar de ayudarlo.